

Para las nuevas generaciones, hijas de la violencia y el egoísmo de sus predecesores, el pasado no queda ni quedará atrás. Tal vez con el tiempo se irá transformando en un espacio de conciencia en donde será posible ordenar un nuevo caos, al cual se pretenderá llamar una vez más identidad. Esa entelequia, que algunos pueblos consiguieron plasmar después de infinitos avatares, y que más que el rostro de las civilizaciones, de su alma auténtica, se encuentra hoy convertida en una máscara que esconde o ha suplantado al ser humano que alguna vez albergó.

También podríamos responder otra cosa: ¿de qué pasado hablamos? ¿De aquella historia brumosa, de ignorantes depredadores, violadores de templos y criaturas, bastardos de sangre y espíritu, que conquistaron un mundo que al parecer tampoco estaba exento de males e injusticia? De aquel de los hijos de los aventureros que saltaron del corral al trono, sin haber tenido un mínimo de aprendizaje de seres humanos trabajando solidariamente con sus semejantes.

Porque del anterior, de lo más lejano sólo quedan tumbas, ruinas hermosas, extraños retratos de barro, mitos, y sobre todo el sentimiento de una gran herida por la que hoy brota el más antiguo y terrible furor que oculta y desdibuja lo que sin duda fue una vieja sabiduría, un sagrado conocimiento del espacio y del tiempo, un lenguaje mágico del color y la materia.

¿Qué país dejamos? Más bien diría qué país llevaremos a cuestas los que padecemos del mal de la memoria. Una época indigna, un estigma, una incapacidad de ser que nos envuelve a todos,

culpables o víctimas. Ya se ha dicho, no hay un Perú, sino varios; pero en todos y en cada uno de ellos, si de verdad coexisten, hay una imposibilidad de crear y alcanzar intereses comunes que es aberrante. No nos sentimos iguales entre peruanos, ni siquiera parecidos. Allí estamos en la misma jaula, muertos de hambre, asustados, los zambos, los indios, los blanquiñosos, los "notentiendo", los "saltoatrás", disfrazados de burócratas, de empresarios, de políticos, de jueces, de congresistas. Por Dios, que no vaya a pisar nuestra propiedad, nuestra parcela de excremento, nuestra miserable sombra. ¿De dónde nace este sentimiento, que todos, sin excepciones, en algún momento experimentamos? ¿De la violación de nuestra abuela india? ¿Del hecho de haber ocupado siempre el último lugar en la mesa del amo? ¿De haber heredado ropas, nombre y pensamientos usados? ¿De haber engordado con sobras? Sin duda, también de la explotación y de la mentira de los melancólicos mayordomos de casa grande que nos han gobernado siempre, con sus aires paternalistas y su demagógica baba.

Ese país será sin duda la simiente del que va a nacer. Del que harán nuestros hijos y nietos. Deseo pensar que vencido o cumplido este karma de siglos, habremos saldado esa milenaria cuenta con nadie, y "desayunados todos" podrán hablar los peruanos del Perú como de algo vivo, natural y próximo.

La violencia de hoy, será la energía de mañana. No hay sino que imaginar que todo el empeño y el rigor que se ha empleado en matar y destruir, pudiera por obra y gracia del sufrimiento, el tiempo y la inteligencia, transformarse en lo contrario: educación, igualdad, respeto mutuo. Suena a utopía. ¿Por qué no?